

EL GARFIO DEL PIRATA

Oscar Oszlak

Usar la metáfora del orden en el tránsito urbano para denunciar la endeblez argumental de quienes confían a la "mano invisible" del mercado el ordenamiento de la vida económica, puede parecer un recurso efectista: normalmente, no debería caerse en el facilismo de utilizar una metáfora para ridiculizar otra. Pero la tentación era demasiado grande. El "tránsito hacia el mercado", en el que estaba embarcado nuestro país, encontraba en el "mercado del tránsito" un simil insuperable.

En un artículo anterior ya había contrastado la "mano invisible" imaginada por el capitalismo con el "puño de hierro" de la planificación centralista en los socialismos reales. Pero la nueva realidad económica que emergía del ajuste estructural y la extinción del estado, sugería una "mano" diferente. El renovado discurso del FMI la atribuía a la de un carterista. Yo preferí un término más rotundo: el garfio del pirata.

"Si se abandona totalmente el mercado a sus mecanismos se corre el riesgo de que los más débiles sean pisoteados"

Michel Camdessus, Director General del FMI

La luz del semáforo se ha apagado súbitamente. Imaginemos la escena. El cruce de las dos avenidas está ahora librado a la racionalidad individual de cada peatón, de cada automovilista, de cada conductor de autobús, camión o ambulancia. No más luces de colores que guíen alternadamente sus movimientos. No más limitaciones a la capacidad colectiva de las personas para fijar sus propias reglas sobre una materia tan banal como cruzar una calle.

Tratarán de hacerlo ordenadamente. Primero, las mujeres, los ancianos y los niños; luego, el resto de los peatones. Sólo después cruzarán los vehículos, alineados en filas que respeten diferentes velocidades, comenzando por aquéllos que circulan de derecha a izquierda de los otros. Por supuesto, cederán el paso a las ambulancias, a los bomberos y a los peatones discapacitados que se hubieren demorado en el cruce. Nadie intentará "ganar de mano" a los demás ni aprovechará el porte de su rodado para apresurar la operación de cruzar.

Traslademos ahora nuestra imaginación hacia otro tema. Supongamos que la reforma del estado se ha completado. Se han vendido todas las empresas públicas previamente existentes. Aunque se han formado algunos monopolios naturales en manos privadas, ninguna de las empresas privatizadas tiene motivos para operar fuera de las normas que dicta la sana competencia. Se ha desregulado totalmente el funcionamiento de los

mercados y transferido al sector privado la prestación de todos los servicios públicos, incluyendo la recolección de residuos, la gestión de fondos jubilatorios y la reclusión de delincuentes. Se han transferido a los gobiernos locales todas las responsabilidades de la gestión administrativa y se les ha otorgado la capacidad de recaudar sus propios recursos. Comités vecinales trabajan en estrecha colaboración con raleadas dotaciones de funcionarios municipales y ejercen un estrecho control sobre su gestión.

El estado nacional ha visto reducidas sus funciones a la administración de justicia, la defensa, las relaciones exteriores, la conducción del sistema educativo y la promoción de la salud. La defensa del medio ambiente, la investigación, el desarrollo regional y la promoción de exportaciones, son ahora materia de gestión propia de ONGs y empresas especializadas privadas.

El número de ministerios se ha reducido a cinco. La dotación de funcionarios a la cuarta parte del número existente al comienzo de la reforma. Los pocos trámites que deben realizar los ciudadanos se procesan en pocos minutos, utilizando modernos equipos computadorizados. Son atendidos con deferencia por auténticos profesionales, que han sido incorporados a través de un sistema de reclutamiento basado estrictamente en el mérito y que perciben retribuciones comparables a las del sector privado.

Satisfechos ciudadanos cumplen estrictamente con sus obligaciones fiscales, que han sido reducidas como consecuencia del menor costo requerido para mantener al estado. El mercado regula automáticamente la oferta y la demanda, los precios, el empleo, las tasas de interés y el valor de las divisas. Los empresarios, estimulados por las nuevas condiciones contextuales, invierten, producen y negocian, estimulando el crecimiento económico. Mejora la distribución del ingreso y cada ciudadano, cada familia, está en condiciones de procurarse bienes y servicios a menor costo y gozar de mayor bienestar.

Visiones utópicas de este tipo, que han alimentado las fantasías de muchos reformadores sociales, impulsan hoy en día los esfuerzos de transformación del estado y la sociedad. Algunas de las premisas en que se fundan -la hipertrofia del estado, la asunción por el mismo de funciones innecesarias, su excesivo grado de centralismo- son en muchos casos ciertas. Otras, como las relativas al comportamiento esperado de los agentes sociales y estatales frente a cambios deliberados en las reglas de juego que gobiernan sus relaciones, no resisten el menor test. Sin embargo, estas concepciones están imponiéndose en los países más diversos, sin importar demasiado sus particulares condiciones socio-económicas, políticas o culturales.

Los resultados de estos afanes reformistas son todavía inciertos y contradictorios. En todo caso, las acciones desplegadas en las experiencias en curso no parecen conducir a las utopías imaginadas. Por cierto, resultaría estéril establecer reglas de juego incompatibles con la naturaleza humana, como las que suponen que en ausencia de un semáforo, peatones y conductores regularán sus movimientos observando una jerarquía de valores y un código de conducta que privilegian el desinterés individual y el respeto al interés del prójimo. No son éstas las reglas que gobiernan ni el "mercado" de peatones y automovilistas ni el mercado económico. Y aunque el discurso neoliberal dominante nos indique que la maximización del interés individual maximiza el interés colectivo, sabemos de sobra que si pretendemos maximizar nuestro interés personal como "automovilistas-cruza-dores-de-avenidas", sólo contribuiremos a un caótico congestionamiento de tránsito. Peor aun (y parafraseando la cita de M. Camdessus), si somos débiles peatones y el tránsito es totalmente abandonado a la decisión de los motorizados, corremos el riesgo de ser pisoteados.

No han sido pocos los momentos de la historia económica contemporánea en que los países han pendulado desde posiciones que privilegian la iniciativa individual a posiciones estatizantes a ultranza. Ahora, el movimiento pendular opuesto se está difundiendo. Pero así como las sociedades hiperestatizadas han demostrado su

inviabilidad histórica, es altamente probable que lo mismo ocurra con las sociedades desestatizadas. La utopía leninista de extinción del estado en el tránsito al comunismo no pudo concretarse en los "socialismos reales"; más bien, se manifestó en su opuesto: un estado hipertrofiado e ineficaz. La utopía del liberalismo extremo, que proyecta igualmente el desmantelamiento del estado en el tránsito hacia la plena vigencia del mercado, puede también llegar a derrumbarse frente a la incapacidad de este último para interponer -en los términos de O'Donnell- límites negativos a las consecuencias socialmente disruptivas del patrón de acumulación que tiende a imponerse bajo condiciones económicas salvajes. Los automovilistas irresponsables y los capitalistas voraces sólo observan la ley de la selva, a menos que algún semáforo -por ténue que sea su luz- continúe encendido.

Para ello, las nuevas fronteras que se están dibujando entre la sociedad y el estado deben preservar, para este último, un territorio y un papel irrenunciables: un ámbito de intervención y un rol conciliador entre las demandas de estabilidad, crecimiento y equidad en las que se funda, desde sus orígenes, el orden capitalista. La redefinición de reglas de juego entre ambas esferas no debe implicar la desaparición del estado. Sin duda, su transformación cualitativa y cuantitativa será inevitable, pero la continuidad de su existencia y la posibilidad de que siga desempeñando un papel socialmente relevante y deseable, requerirán que el propio proceso de transformación esté inspirado en una concepción que rechace, simultáneamente, las nociones antitéticas acerca de la inevitable supremacía del mercado sobre el estado, o la de éste sobre aquél.

La experiencia cotidiana nos enseña que en el "mercado" del tránsito, los poderosos, los audaces, los irresponsables, siempre consiguen sus objetivos, a despecho de los más débiles, de los desamparados o de los obedientes observadores de las reglas. En el tránsito hacia el mercado ocurre algo parecido: un creciente tendal de víctimas, inermes frente al "sálvese quien pueda" impuesto por los más fuertes, queda a la vera del camino. Al parecer, ni el "puño de hierro" de los socialismos hoy preexistentes, ni la "mano invisible" del nuevo milenio mercadista (que a veces se asemeja a un afilado garfio), probaron ser capaces de regular las conductas sociales en un sentido que permita preservar y conciliar el orden, el progreso material y el bienestar para todos que exige la convivencia civilizada. Tal vez no sean "puños" ni "manos", sino cabezas bien plantadas, lo que haga falta para lograr este supremo objetivo.